

PRESENTACIÓN

NUEVAS CONTRIBUCIONES GONGORINAS

A POCO DEL CUARTO CENTENARIO del fallecimiento de Luis de Góngora y Argote (Córdoba, 1 de julio de 1561-Córdoba, 23 de mayo de 1627) los *Cuadernos para la Investigación de la Literatura Hispánica* han considerado que este es un buen momento para volver sus ojos sobre el gran innovador y máximo exponente del culteranismo, cuya irrupción transformó la poesía para siempre dejando sentir su estela entre sus propios contemporáneos. De entre sus herederos más visibles, es ineludible señalar el impacto de su influencia entre los miembros del Veintisiete –generación o grupo–, pues fue el punto de encuentro y reivindicación que canonizó su recuperación y les sirvió de enlace. Con Góngora, como afirmó Dámaso Alonso, se asumía «todo el alma española». Pero este monográfico, modestamente, toma al poeta cordobés como epicentro para aportar nuevas luces sobre «aquel que tiene de escribir la llave», en palabras de Cervantes, dejando entrever cómo el canon del siglo en que escribió, y aun del futuro, no se entiende sin su signo. La poesía no quedó indemne tras Góngora, sino que el cordobés fue germe de nuevas ideas estéticas, nada más empezar a difundirse, en 1613, los manuscritos de sus poemas mayores, las *Soledades* y el *Polifemo*. Sus innovaciones estéticas, sintácticas y léxicas generaron una *nueva poesía*, caracterizada por la abundancia de tropos y figuras retóricas que, en su imitación y acumulación, fueron rasgos distintivos de la bien conocida *oscuridad gongorina*. Así, su lenguaje, rico en metáforas y alusiones clásicas,

cas, expresadas en una sintaxis compleja, fueron algunos de los rasgos más imitados por poetas de su siglo, parcial o totalmente.

Abre el monográfico la palabra de Góngora en la lectura de Joaquín Roses Lozano, activo director, desde hace más de una década, de la Cátedra «Luis de Góngora» de la Universidad de Córdoba y responsable del grupo de investigación «Góngora y el Gongorismo». El autor de *Una poética de la oscuridad: La recepción crítica de las Soledades en el siglo XVII* (1994), *Góngora: Soledades habitadas* (2007) y el reciente *El infinito en pie: 8 poemas de Góngora comentados* (2024), amplía para nosotros esta nómina con los comentarios de dos sonetos juveniles del autor: «Ya besando unas manos cristalinas» y «Varia imaginación que en mil intentos», publicados en 1605. En tan tempranas muestras de su poesía, la inspiración petrarquista, sin embargo, permite entrever la genialidad del cordobés: Roses señala ya en ellos atisbos de su compleja conceptualización y de los futuros refinamientos que serán característicos de su estilo.

Colaboradora de la misma cátedra, Amelia de Paz ha dedicado a Góngora varios trabajos imprescindibles como *Todo es de oídas. El proceso a un inquisidor de Córdoba en 1597* (2014), *Una endecha de Góngora* (2023) y su amable diatriba contra los tópicos que actualmente se ciernen sobre el autor, de este mismo año, *Una idea de Góngora* (2025). Para este monográfico, en cambio, la especialista completa el retrato del poeta con la reproducción de una carta inédita que Góngora escribió como racionero de la Catedral de Córdoba. Amplía, así, el conocimiento de esa faceta del poeta que supuso una dedicación asidua, en la que desempeñaba innumerables labores cotidianas, desde la administración del diezmo, a la visita a los pobres de la cárcel, adonde don Luis les llevaba consuelo y limosna.

También la poesía amorosa de Góngora es objeto de estudio del monográfico. Más concretamente, Laura Castro pone el foco en la evolución entre los primeros romances amorosos, compuestos a finales del siglo XVI, y los últimos, de principios del XVII. Asimismo, ha interesado la herencia de contemporáneos del poeta cordobés como Salcedo Co-

ronel, temprano comentarista de la obra gongorina, que ya en 1629 editó, por primera vez, la *Fábula de Polifemo y Galatea*, incluyendo un análisis de los versos de «esta joya de la literatura universal». Además de sus comentarios a las *Soledades* (1636), Salcedo Coronel proyectó dedicar otros trabajos a Góngora, como nos expone en su trabajo Erika Redruello. Y el monográfico se cierra con el escasamente conocido, Francisco Ballester, que ha interesado a los profesores Estela Maeso y Antonio Barnés. Ballester, recopilador del mismo siglo XVII de poesía religiosa, se muestra encandilado con la riqueza polimétrica de los versos contenidos en su *Sacro plantel de varias, si divinas flores. Fértil primavera del supremo jardín y celestial floresta, precioso material de fragantes y olorosos ramilletes para recreo espiritual de las almas*. En esta colección, «el tracio Orfeo», con el humano trato, se convierte al «culto sacro», sin prescindir de la «ercúlea fuerza» que le da la nueva ciencia. La expresión religiosa, como vemos, se vuelve a lo clásico, buscando renovación en la expresión gongorina. Entre los poemas, el propio Ballester aparece como «farol /que desterrando la tiniebla vil /es con su luz /afrenta a la del Sol.» Así, P. M. E Luis Puig, sintetiza el fin de Ballester como el de «blasonar lo que es castífero /y del amor de Dios lo más ignífero / hiriendo al infernal con voces bellicas».

La estela gongorina entre sus contemporáneos tiene manifestaciones aun por investigar, pues su amplio abanico queda, aquí, muy someramente apuntado. Su agudeza y sus refinamientos, más allá de la tópica *oscuridad* que, por incomprendible, le confina a la lectura de unos selectos, son, en realidad, manifestación de su libertad poética.

Á. VARELA OLEA
Cuadernos para la Investigación de la Literatura Hispánica
Universidad Complutense de Madrid